



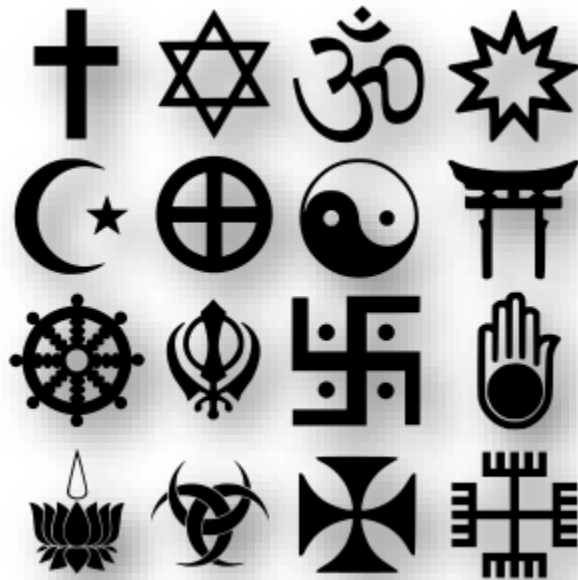
¿Has pensado dónde irás cuando mueras? Tlalocan, el paraíso mexicana

Ricardo Cabrera
Junio 04, de 2020

Cada religión en el mundo ha creado la base de su teología partir de una visión particular la creación de dioses para explicar los fenómenos de la naturaleza fueron los precursores de las ideas que se diseminaron por quienes se dedicaron a perfeccionar el tema.

Los pueblos originarios en México crearon un universo propio, lleno de riqueza cultural y religiosa, la muerte, común denominador era un tema de alta prioridad. Las alegorías sobre mundos habitados por dioses que aseguraban el paso de nuestras almas hacia la eternidad se fue perfeccionando acorde con el crecimiento de estas civilizaciones.

En el momento de morir nuestras almas regresaban a quienes nos habían dado un cuerpo terrenal, de esta forma iniciamos nuestro por los lugares sagrados prometidos en vida.





- El Mictlán, resguardado por el señor Mictlantecuhtli
- El Tlalocan, morada del señor Tláloc y su esposa Xochiquétzal
- Tonatiuchichan, lugar de residencia de Huitzilopochtli
- Cincalco, donde habita Huémac.

Las religiones cuya visión monoteísta convergieron en tiempos, separados por la geografía, con las visiones politeístas de los pueblos “barbaros”. Las enseñanzas de los primeros, languidecen al lado de la riqueza de la imaginación de los pueblos originarios. Una cosmovisión diferente, no por ello equivocada, en la cual, al morir, teníamos un lugar asegurado que iniciaba en el Mictlán.

Me ocuparé hoy de recrear dentro de mis alcances una visión de *El Tlalocan*, nunca me han gustado las historias que inician por el principio.



Tláloc

Los mexicas situaron el primer cielo como residencia el dios Tláloc, el señor de la lluvia. Situado en la cima del cerro de La Malinche, donde se dan cita las nubes; al oriente de la ciudad de México. *El temoanchan* (lugar de los mortales), entrada a la cueva donde Quetzalcóatl creó al primer hombre. Y ahora es habitado por la diosa del amor Xochiquétzal. En esta cueva, el dios de la sabiduría entregó los primeros regalos a su creación: el maíz, y las demás semillas.

Este es el mítico paraíso terrenal de los antiguos. Las penas, habían sido abandonadas en la vida donde el

Los mexicas situaron el primer cielo como residencia el dios Tláloc, el señor de la lluvia. Situado en la cima del cerro de La Malinche, donde se dan cita las nubes; al oriente de la ciudad de México. *El temoanchan* (lugar de los mortales), entrada a la cueva donde Quetzalcóatl creó al primer hombre. Y ahora es habitado por la diosa del amor



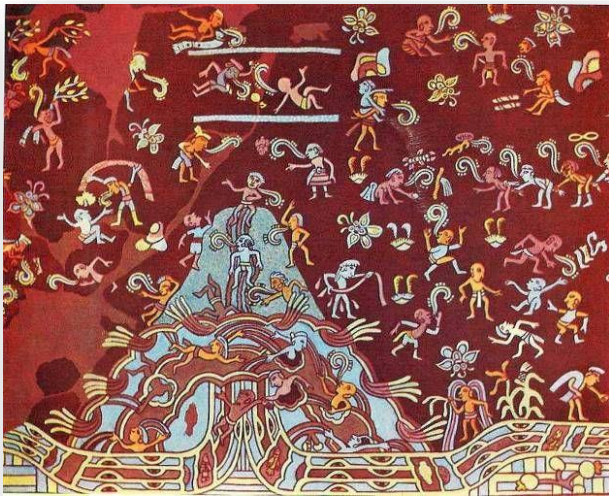
Quetzalcóatl



recipiente corporal se había quedado. Era este un lugar de regocijo permanente.

Aquí abundaban las mazorcas verdes de maíz, las calabazas, el amaranto, el chile verde, las flores, era un lugar que no tenía cabida al hambre o los sufrimientos terrenales.

El alma que inició su viaje en el Mictlán se encuentra ahora en el umbral de la eternidad. Más allá de las desventuras por las cuales tuvo que atravesar en el inframundo. El camino para encontrar un lugar entre los dioses, un lugar de paz de bienestar h comenzado.



El Tlalocan, maravilla a quienes han tenido la dicha de llegar a este paraíso, los ríos abundan por doquier, el verdor se multiplica en diferentes tonalidades, se escuchan de fondo los cantos maravillosos de los pájaros; las hojas brillan con la felicidad de un campo recién llovido. la

diversidad de frutos que ofrecen no es conocida en nuestro mundo. La entrada a este lugar se reserva solo para aquellos que han muerto por ahogamiento, alcanzados por un rayo o cuyos cuerpos fueron malditos por las enfermedades pestilentes o de las llagas. Aquellos, cuya vida fue arrebatada por el ahuízotl, el monstruo que engañaba a sus víctimas, llorando como un niño y los perdía en el fondo de las lagunas o ríos. Los dioses eligen las almas que consideran que poseen en ellas algo precioso, es por eso, que eligen en ocasiones formas trágicas para



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

recuperarlas de los cuerpos de los hombres. Aunque esto signifique dolor y desconsuelo para quienes aún quedan en vida.



El señor de la tierra del néctar Tlalocantecuhtli cuyos ojos se ocultan tras serpientes dispone a su servicio de los tlaloques, deidades pequeñas como niños y juguetonas como tales. Se pasean por los ríos con cántaros preciosos sobre sus cabezas, sus juegos y travesuras terminan en ocasiones en pequeños desastres, cuando dejan caer sus preciadas vasijas, el ruido se convierte en un trueno que escuchamos los humanos, si el agua se derrama, tendremos la bendición de una lluvia. Los relámpagos nos son enviados por el mismo dios, y los vemos surcar el cielo y ramificar su luz llenando de miedo por el daño que pudieran ocasionar.

Los mexicas honraban a sus muertos, la posibilidad de entrar a nuevos mundos floridos llenos de bendiciones y de regocijos comenzaba con el tributo al despedir los cuerpos de sus seres queridos. Y aquellos que morían repudiados por los demás a causa de dolorosas muertes por enfermedades infamantes, eran despedidos con gran ceremonia.



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

Sus cuerpos no eran quemados, y sus bocas eran llenadas con semillas de amaranto y cubrían con ellas el rostro. Su frente recibía el color azul del cielo y eran vestidos para el largo viaje con papel cortado. Por último, eran provistos con una vara para iniciar el recorrido a su destino final. 2

